

LAS PALMERAS Y EL "BEATO" DE NUESTRA CATEDRAL

por
José M.^a Pla Dalmáu

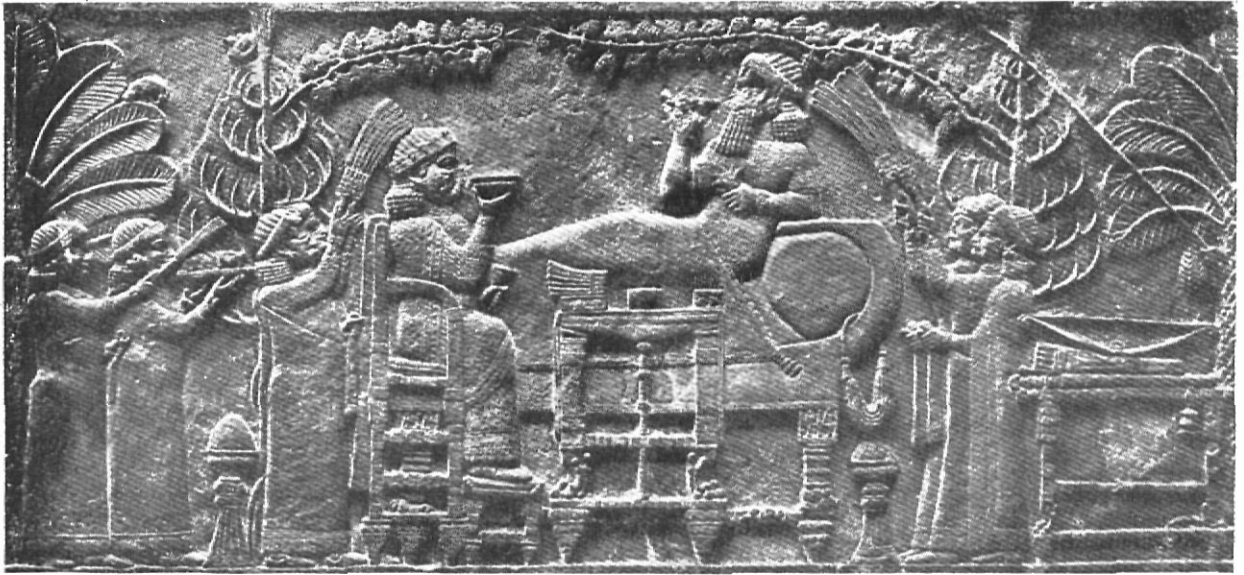
La idea de «palma», o sea de «hoja de palmera», parece ser que, inicialmente, pudo estar relacionada con la de «abanico». De muy antiguo, los hombres debieron darse cuenta de que el viento movía las hojas de los árboles y dedujeron, a la inversa, que moviendo una hoja se engendraba cierto movimiento del aire; un autor dice que quizá Eva, al extender la mano para arrancar, de alguna planta cercana, una hoja ancha y olorosa, ya se diera cuenta de que, moviéndola en va-y-ven, producía débil pero agradable vientecillo; es pues presumible que, así, naciera la primera noción de abanico.

Los pueblos de la Antigüedad clásica vivieron en tierras de clima caluroso; el airecillo que puede producirse moviendo un abanico activa la evaporación del sudor que humedece la piel, y como para tal evaporación se precisa calor, éste es robado del cuerpo y ello se traduce en una agradable sensación de frescor; consecuencia directa fue que, entre esas gentes, surgiera una verdadera estima hacia toda posible forma de «abanicarse».

Cabe suponer que fueron las hojas de lato y las de palmera las que pudieron resultar más idóneas para ser utilizadas como «abanicos»; la amplia superficie frondal de las primeras y la textura coriácea junto con la total amplitud de las segundas, determinarían la idoneidad aludida y su utilización para tal fin.

Indudablemente, las de palmera, y en especial las de la especie asiática apodada «de abanico» o «de sombrilla» (*Corypha umbraculifera*), ofrecían mayores ventajas para ser empleadas como removedoras del aire; por este motivo, los altos dignatarios las eligieron para ser atadas al extremo de pértigas, formando así grandes abanos que, haciéndolos oscilar, los esclavos, en suave va-y-ven, ofrecían de potables «ventiladores»; además, con tales movimientos de las frondas, eran alejados los insectos molestos que, como moscas y mosquitos, abundaban en exceso y estaban muy lejos de ser víctimas de las clorofanas.

Los primitivos y amplios abanicos fueron evolucionando y quedaron convertidos en distintivos de las altas jerarquías; en el séquito de los grandes personajes figuraban, invariablemente, portadores de esos macroscópicos abanos. La referida evolución derivó hacia la suntuosidad, y las simples hojas de palmera fueron sustituidas por bellas y policromas plumas de avestruz; de esta forma el abanico se convirtió en una especie de dosel portátil que daba majestad a la figura de los personajes preeminentes, como fueron los faraones. Imágenes de estos cortejos los ofrecen frescos como los de Medinet-Abou, una de las cuatro aldeas que ocupaban lugar en la antigua Tebas, en la orilla izquierda del Nilo, casi enfrente de Luxor; también figuraron imágenes



Relieve, procedente de Nínive, que muestra a los reyes celebrando una victoria; cada uno de ellos aparece junto al abano que distingue su jerarquía; la escena se enmarca entre hermosas palmeras.

análogas en bajos relieves, como los del templo de Rhamesseum, monumento funerario de Ramsés II, situado en un extremo de la necrópolis de Tebas, y en decoraciones de tumbas como las de Beni-Hassan; los monarcas asirios, en las ceremonias, iban acompañados de eunucos portadores de ampulosos abanos y parasoles. Aún en nuestros tiempos el séquito papal se acompaña de altos abanos plumosos, de tipo abisinio, análogos a los que enmarcaron la figura de los «leones de Judá».

..

Tal vez, por la «popularización» de estos antiguos simbolismos, las palmas u hojas de palmera fueron y van siendo consideradas como emblemas de triunfo y de alegría. En los Salmos (98.8) se canta, en alabanza a Dios, después de la Victoria: «Batan palmas los ríos, recójense a su vez los montes». Simón Macabeo, y los suyos, entraron en Jerusalén llevando ramos de «palma», y no precisa recordar que Jesús entró, también en Jerusalén, acompañado de una multitud que enarbolaba «palmas».

Además, en la segunda parte de «El Apocalipsis», cuando después de referirse a los ciento cuarenta y cuatro millares de «marcados», convertidos de la gentilidad, el Profeta habla de la muchedumbre que estaba delante

del trono y del Cordero, se precisa que iban vestidos con túnica y llevaban «palmas» en sus manos.

Ezequiel, al explicar los preparativos concernientes a la restauración del templo (40.26), cuenta: «Había a cada lado palmas en los postes». Y en el Levítico (40.26), se relata que, para celebrar la Fiesta de Yavé, «tomaréis... ramos de «palmera»... y os regocijaréis ante vuestro Dios durante siete días».

Como señal de victoria, de felices consecuciones y de valor, las «palmas del martirio» simbolizan la gloria eterna que han merecido los elegidos del Señor que tuvieron el temple de saber morir por la Fe; y las «palmas académicas» se otorgan, en Francia, a los que triunfan en el campo de la inteligencia.

Y aún, en el transcurso de la Historia, apreciamos que las palmas tuvieron otros simbolismos: en un relieve del Egipto faraónico que perteneció a la tumba de Saqqarah, aparece el cuerpo de un difunto, momificado, rodeado de «lloronas» y de individuos que agitan ramos de «palma»; la escena es interpretable como la representación del rito de alejar malos espíritus que podía atormentar al difunto de la misma manera que, con movimientos análogos, se apartan los insectos. Estas costumbres perduran en muchos pueblos salvajes, como en algunos que pertenecieron a las antiguas Indias holandesas, pues sus habitantes se sirven de palmas para ahuyentar el espíritu

Figura de un "genio alado de la fecundidad" refrescando la inflorescencia masculina de una palmera contra otra, femenina, de la misma especie; relieve asirio (Museo de Constantinopla).



Genio fructificador (relieve sobre alabastro procedente de Nimrud-Kalah); esta figura, que forma parte de un friso, sigue a la del rey Ashurbanipal II. (British Museum).

nefasto de Aswang. En consecuencia, las hojas de palmera pueden considerarse igualmente como un símbolo de protección.

**

Se atribuyen aún a las «palmeras» simbolismos más especiales: en los pueblos de vida primitiva estos vegetales son tenidos como símbolos de fecundidad y de vida renovada; ello no debe extrañarnos porque, de muy antiguo, se practicó la fecundación de las flores femeninas de las palmeras espolvoreando o colgando sobre ellas racimos de flores masculinas en el justo momento de la polinización (1); la tradición explica que tales operaciones fueron conocidas y practicadas por los propios dioses; Herodoto, el gran precursor de la Historia, nos narra haber observado dichas operaciones de fecundación provocada; en diversos relieves asirios aparecen figuras de hombres y, especialmente, de «genios de la fecundidad», alados, frutificadores de palmeras, que con una mano sostienen un cesto con inflorescencias masculinas y, con la otra, refriegan éstas sobre las inflorescencias femeninas; las figuras de los «genios», por lo general, acompañan a las de personajes reales.

En los tiempos de Herodoto faltaban aún XXIII siglos para que el inglés John Ray descubriera el proceso biológico de fecundación de las plantas, pues hasta entrado el siglo XVII no pudieron tenerse claras ideas del mismo debido a que no había surgido la figura de Zacarías Jansen, el inventor del microscopio.

Si Ray fue el real identificador del elemento masculino de conjugación floral (del polen), no cabe más remedio que admitir que fueron los «dioses» (como mítica concreción del espíritu de observación que el Creador infundió al género humano), quienes dieron luz y ayuda a los hombres de la Antigüedad para poder potenciar, provechosamente, la reproducción de diversas palmáceas; los que sentimos avidez para conocer el desarrollo de los procesos biológicos, estamos acostumbrados a gozar de la perfección de muchos de ellos, y también a valorar las interpretaciones que pudo darles la mente humana la cual, carente entonces de bases y de medios científicos, tuvo que recurrir a las intervenciones sobrenaturales y a la generosidad mitológica.

**

(1) Precisa que el polen se halle bien formado y que los estigmas adquieran idónea humedad y cierta turgencia; el polen puede conservarse cierto tiempo en aceptables condiciones genéticas.

Indicamos antes que las palmeras equivalen también a un símbolo de «vida renovada», esa vida que los seres logran cuando, moral y materialmente, se reponen de las fatigas y desgastes del vivir. Para los antiguos, no era el pan el símbolo del más necesario alimento: las palmeras ofrecen frutos que, para muchos pueblos, supusieron un alimento básico y fundamental; aún hoy, en varios países africanos, se elabora, con una especie de moltura de dátiles secos, una pasta que, debidamente sazonada y después de experimentar fermentación por la acción de levaduras, se convierte en un alimento que sustituye a nuestro pan de cada día.

Las palmeras, para muchos pueblos, han representado un importante recurso alimenticio. Ya indicó Estrabón que «las palmeras eran una providencia alimentaria».

Y este simbolismo de las palmeras, como árbol providencial, queda potenciado cuando su esbelta figura aparece en un oasis, truncando la árida monotonía de los desiertos; esas palmeras no anuncian solamente que el nómada podrá allí apagar su sed, sino que hallará «otra vida» resguardándose, bajo su fronda, de las tórridas radiaciones solares, y reponiendo el cansancio derivado de su duro peregrinar por el «mar de arena».

**

Los botánicos han clasificado más de un millar de especies distintas de palmeras; vamos a referirnos únicamente, a las especies que se destacan en nuestros ambientes:

— La datilera (*Phoenix dactilifera*), que produce los frutos abayados que conocemos por dátiles; esta especie, que tan magníficamente se desarrolla en Elche y en Canarias, ultra los sabrosos y dulces frutos que ofrece en hermosos racimos, puede proporcionarnos materias azucaradas y una especie de vino (el «tarí»); sus hojas, cuando se desarrollan al abrigo de la luz, son las palmas que decoran el Domingo de Ramos y tienen diversas aplicaciones industriales.

— El cocotero (*Coccus nucifera*), produce las drupas denominadas nueces de coco, y es considerado como el vegetal más utilitario: la tradición india le otorga 99 aplicaciones distintas, razón por la cual se le tiene por «Rey de los Vegetales». La madera del cocotero es muy resistente (madera de palmira); sus hojas son empleadas por los indígenas del trópico para techar chozas; de sus fibras se obtienen hebras filamentosas para tejer; sus yemas son comestibles y hervidas antes de la floración dan un concentrado altamente azucarado («jaggery» o azúcar de palma) que, fermentado, adquiere grado alcohólico (vino



Figuras que formaban parte de la decoración del artesanado de la Iglesia de la Sangre, de Liria (Valencia); siglo X. (Foto Arxiu Mas).

de palma); los frutos del cocotero tienen el mesocarpio comestible, de gusto agradable, y, en su interior, contienen un jugo («tuba») refrescante y que, fermentado y sometido a destilación, se convierte en un fuerte aguardiente («arrak»); de la carne del coco y, por expresión, puede obtenerse un estimado aceite (aceite de coco), etc... El nombre de coco deriva de «coquia» («koqui») que, en portugués, significa mono; es sabido que muchos simios son hábiles en coger y abrir estos frutos y que se recrean bebiendo su agua y degustando su pulpa. El cocotero se halla en la flora tropical americana (autóctono en el valle del Río Cauca, al Norte del Ecuador) y también en varias islas de Oceanía, de donde pasó a la India y a las costas de Tanzania (Mombasa, Dar-es-Salaam).

— Otra palmácea apreciada es el «palmito» (*Chamaerops humilis*), cuyo tallo blando, casi cilíndrico, y que corresponde a cada una de las yemas aun no desarrolladas, es utilizado en alimentación; también sus hojas tienen aplicaciones industriales (textiles especialmente).

— La arenga (*Arenga Saccharifera*) es la palmera de mayor producción azucarera, y el «sagú» (*Metroxylon rumphii*), que posee la médula muy rica en fécula, es una especie típica de Filipinas («Buri»).

..

Los datos expuestos parecen más que suficientes para que no pueda ser considerado como ilógico que las palmeras hayan sido equiparadas a árboles providenciales, árboles que apagan la sed, que satisfacen el hambre, que recrean el paladar, que dan zumos con los cuales se obtienen bebidas agradables e, incluso, espirituosas y reconfortantes; árboles que ofrecen maderas resistentes, combustibles de fuerte calorificación, fibras textiles... y también hojas que, al moverlas, regalan al cuerpo con cierto airecillo refrescante; en una palabra, árboles «sagrados», vegetales tan extraordinarios de los cuales derivan leyendas y ritos, tan peculiares e imaginativos, que conjugan escrúpulos religiosos y pudores hasta inducir a que sean abrazadas, bajo la bendición de Alá, como si se tratara de una esposa querida y adorada.

En muchas expresiones del Arte, incluso de lejanas épocas, aparecen figuras de palmas y palmeras; en el Primer Libro de los Reyes, al tratar de la edificación del Templo (6.35), se halla escrito: «Hizo esculpir en ellas (en las puertas) querubines, «palmas» y botones de flor». Los asirios gustaron de emplearlas como motivo ornamental, y tal inercia, más o menos complicada en diferentes tipos de urdimbres y combinaciones, ha perdurado en las Artes decorativas que las generaciones han ido produciendo con posterioridad.

Años atrás, visitando la Iglesia de la Sangre, de Liria (Valencia), nos cautivó la decoración que enriquecía el artesonado; lamentablemente, esta Iglesia fue destruida, pero se ha salvado el fragmento de pintura que reproduce el grabado; esta pintura muestra una pareja de personajes (uno de ellos coronado) que acarician los frutos u órganos sexuales de una palmera, seguramente como símbolo de que su unión también promete producir frutos venturosos; por el tamaño y morfología del vegetal representado cabe suponerse que el artífice quiso pintar un datilero, especie abundante en tierra valenciana, o tal vez algún ejemplar de palmera real de poca altura.

*
**

Lo que llevamos redactado en las líneas precedentes viene sugerido por el gozo que nos produjo visitar la magna exposición de los «Beatos» celebrada a finales de 1975 en el Palacio Episcopal de Gerona, a la cual esta Revista dedicó su número 73.

Dice Camón Aznar que las decoraciones de estos hermosos y milenarios libros «corresponden a viejas inspiraciones (romanas y bizantinas) con marcado arcaísmo paleo-cristiano y que tienen, indudablemente, sus simbolismos». Pues bien, una de las imágenes simbólicas que en los Beatos aparece es la de una palmera. La palmera que se representa en el Beato de la Catedral de Gerona en una ilustración a toda página, parece corresponder a un datilero, pues las morfologías que se aprecian, tanto en la parte foliar como en la del tronco (éste con las cicatrices o restos ramosos), coinciden con las características de la citada especie del género *Phoenix*; en cuanto a los frutos, que a primera vista podrían interpretarse como cocos, el largo pedúnculo que sostiene los racimos y las espatas envolventes de éstos, permite creer igualmente que se pretendió representar un datilero (de drupas redondeadas integrantes de infrutescencias globosas y de tronco de elevada altura) (2). Los racimos de dátiles eran tan estimados que incluso en el «Cantar de los Cantares» (5.11), se relacionan con los rizos que lucía la «esposa». En el 7.8 se cuenta que el «esposo» se dijo: «Voy a subir a la palmera, a recoger sus racimos; sí, sean tus pechos racimos para mí».

Comentando la ilustración referida con persona tan erudita como es el Dr. D. José Calzada Oliveras, canónigo y figura destacada en los Servicios arqueológicos de la Diputación de Ge-

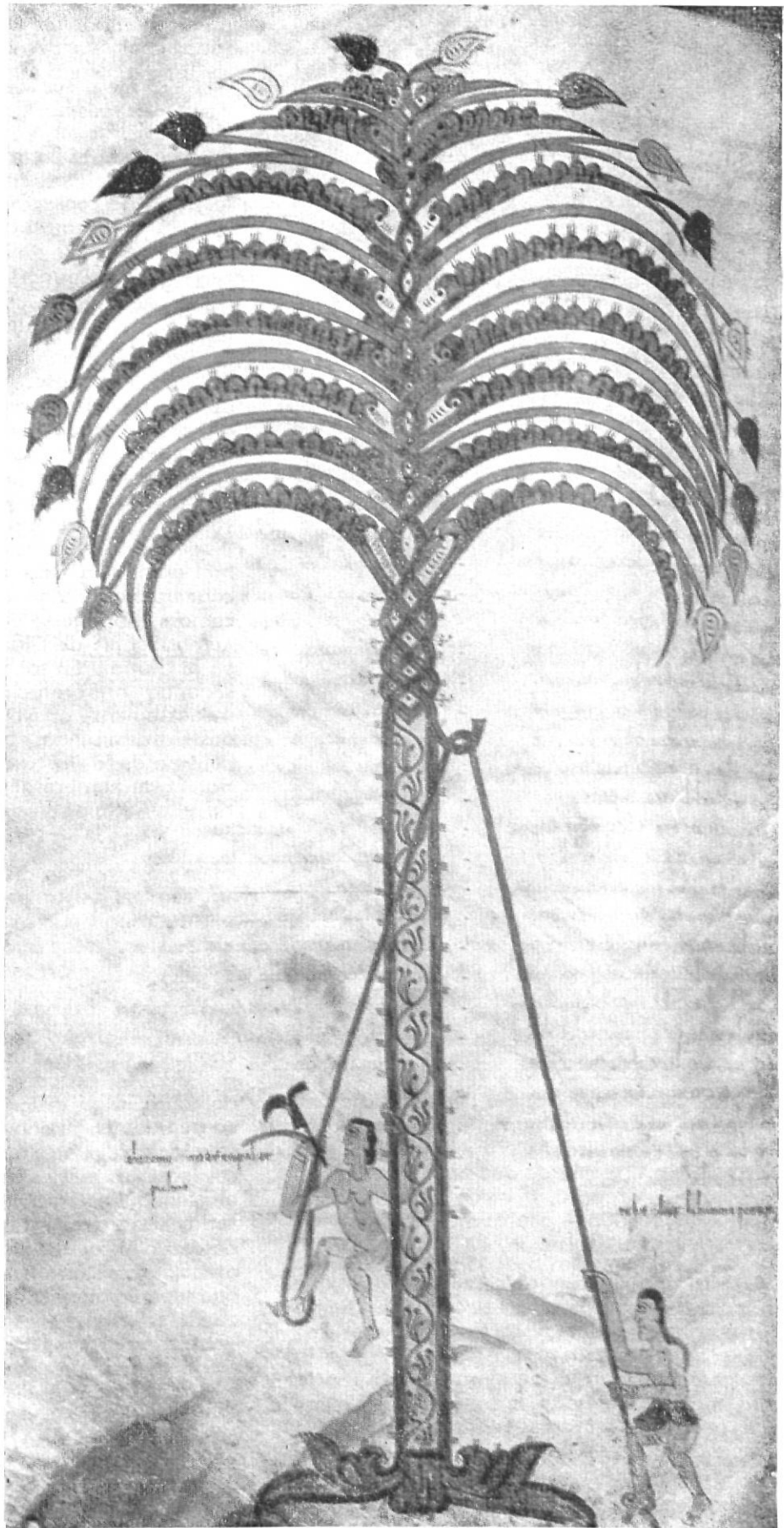
rona, pudimos tener noticia de que en el texto del propio Beato se comenta el simbolismo de la palmera, interpretación que, sin duda alguna, resulta más espiritual que las que han quedado anteriormente expuestas; en la transcripción de H.A. Sanders —pág. 400 (ed. 1930)— se dice: «no sin razón la vida de los justos es comparable a la palmera, porque la palmera, en la parte inferior, es áspera al tacto y está cubierta de secas cortezas; en cambio, la parte superior es bella a la vista y por sus frutos; la parte inferior se estrecha por el apelmamiento de los restos de corteza; en cambio, la parte superior se despliega con amplia majestad y una hermosa verdor. Así es, efectivamente, la vida de los justos: menospreciable, en la parte inferior, y, hermosa, en la parte superior; en este mundo, la parte baja se cubre con mucha corteza cuando es constreñida por innumerables tribulaciones; en cambio, en la eternidad del Cielo, se despliega hermosa verdor y todo adquiere amplitud como un premio». «La palmera tiene aun otra condición que la diferencia de otras especies de árboles: cualquiera de éstos retiene su fortaleza cerca de la tierra, pero a medida que crece, que se eleva (hacia arriba), se estrecha, y como más rápidamente gana altura, más delgado queda su tronco. En cambio, la palmera comienza su estrechez de tronco desde el nivel del suelo y el diámetro de aquél aumenta en anchura al irse elevando, y también así aumenta progresivamente la amplitud de sus ramas y el tamaño de sus frutos; avanza débil desde el suelo y adquiere gran incremento en la parte alta. Los árboles altos se parecen a las almas deseosas de los bienes terrenos; por el contrario, las palmeras se asemejan a la vida provechosa de los justos, los cuales de ninguna manera son vehementes en los deseos terrenales ni débiles en los celestiales».

Es obvio, pues, que toda representación de palmera que aparezca en las páginas de los Beatos simboliza, o pretende representar, la vida de los justos. Esta interpretación coincide con los versículos 13 y 14 —C. 92 (vulg. 91) del Libro de los Salmos, cuyo texto es el siguiente:

Florecerá el justo como la palma,
crecerá como los cedros del Líbano.
Plantado en la casa de Yavé
florecerá en los atrios de nuestro Dios.

Ahora bien; en las ilustraciones de los Beatos en los cuales aparece una palmera «como figura esencial, de paraíso terrenal, árbol único en el que se concentran todas las hermosuras fitomórficas», se halla generalmente, junto a ella, la representación de una figura humana. En la ilustración del Beato de Gerona que comentamos, una figura humana (desnuda) parece que asciende o se esfuerza por ascender, por encaramarse, hacia la cima del árbol, posiblemente para alcanzar el estado de perfección

(2) Existen datileros muy altos, de más de 20 metros, y otras variedades de escasa altura.



Reproducción, a tamaño reducido, de la ilustración policroma que figura en la página 147 (vuelta) del "Beato" de la Catedral gerundense.



Página inicial del Libro II del "Beato" de la Catedral gerundense.

rimos interpretar la escena como que el segundo hombre (el vestido), ayuda al primero (que, como va desnudo, parece pueda representar mejor una alma), en la ascensión hacia la Gloria.

También podría interpretarse esta escena como que el que tira de la cuerda representa la ayuda o solidaridad humana, cooperación en la tarea de conseguir el premio de los justos, pero esta interpretación nos parece menos verosímil.

A ambos lados del tronco de la palmera a que venimos refiriéndonos, aparece una breve leyenda: «Uhic omo cupiens crapulare palme, et hic alter iuvamine porrigit p. (per) fune». El latín de la frase, realmente imperfecto desde la ortodoxia gramatical de la lengua romana, puede traducirse en la siguiente forma: «Este hombre desea comer de la palmera, y este otro le ayuda (a encaramarse) por medio de la cuerda». Es posible que «crapulare» equivalga más a «embriagarse» (en la acepción de perder los sentidos o adormecer); la Academia admite la frase «embriagarse de júbilo»; cabe la posibilidad de interpretar esta frase como «embriagarse de palmera», equivalente a «embriagarse de Gloria» o, mejor «adormecer en la Gloria». En tal caso, y apoyándonos en la segunda interpretación citada, que es la que modestamente apoyamos, el significado de las dos frases aludidas, frases definidoras del simbolismo de la ilustración que comentamos, sería: «Este hombre desea adormecer en la Gloria y la Religión le ayuda a ello».

y felicidad —la Gloria—, simbolizable en uno de los sabrosos frutos de la palmera o en una hermosa palma. Culminar la ascensión podrá suponer el logro del máximo objetivo de la vida: cortar la palma, símbolo de victoria (para lo cual lleva un cortante).

Pero en esta bella página del Beato de Gerona, la referida figura humana no es la única: el hombre antes aludido y que asciende, está enlazado con una cuerda que pasa por un garfio o punto de apoyo, y otra figura humana —ésta algo vestida— cobra la sogá, ayudando al primero en su ascensión.

A la escena representada pueden atribuirse diferentes simbolismos; en el texto del Beato no figura ninguna explicación concreta. Parece ser que, hasta ahora, ha predominado la interpretación de que la figura vestida representa una alma humana, la cual ayuda al cuerpo a ascender para alcanzar los frutos que merecen los justos.

Tal vez esta interpretación podría pecar de «carnal», pues no es el cuerpo, sino el alma, la que puede merecer la Gloria. Por ello sugere

La justa interpretación del simbolismo de la ilustración de la página del Beato de Gerona conocida por «página de la palmera», es, en realidad, un pequeño detalle de tan excepcional obra, algo insignificante entre el amplio contenido del milenario libro; pero, por hallarse relacionado, este aspecto, con una palmera y con posibles puntos de vista biogenéticos o de alusión palinológica, creemos que, el comentarlo, resulta de indudable interés. Además, desde un enfoque valorador de la intuición humana, ofrece un ejemplo de excepcional calidad, enmarcado bellamente en esas figuras que cbedecen a representaciones gráficas bidimensionales, sin perspectiva, propias de la época, y a la composición ornamental, colorista y geométrica, que, sin disimular cierta influencia arábica, resulta tan característica del primer estadio de Románico.

En otra página del «Beato» figura también una palmera; nos referimos a la página 70 (retro) que se reproduce en el grabado contiguo. Esta ilustración, que viene a ser la cabecera o pórtico del Libro II, representa un ángel que entrega un libro al apóstol San Juan, autor del Apocalipsis, escena que puede relacionarse con el siguiente pasaje bíblico: cuando faltaba poco tiempo para finir el primer siglo de nuestra Era, Juan, «el discípulo amado del Señor», último representante del Colegio de los Doce, fue desterrado por Dominiciano a la isla de Patmos; allí recibió la inspiración divina (1.10) de escribir el Apocalipsis y darlo a conocer a las siete iglesias de aquella provincia proconsular, la primera de las cuales era la de Efeso (1.11).

En la ilustración que comentamos, la inspiración divina queda simbolizada por el ángel y, el libro que éste entrega a Juan, representa el caudal de ideas aportadas en tal inspiración.

Entre las figuras del ángel y de San Juan, aparece la frase siguiente: «Donde Juan habla con el ángel» (3); Camón Aznar interpreta la escena y la leyenda como que «el ángel adoc-trina al apóstol»; es decir, que cabe suponer que el ángel comunicó verbalmente a Juan los conceptos que «la fuerte voz» sobrenatural le ordenó escribir en el libro destinado a las siete iglesias.

En la parte inferior de la página comienza el texto del Libro II con las siguientes palabras: «Al Angel de la Iglesia de Efeso, escribele» (2.1) (4).

Pero para nosotros, bajo el punto de vista que enfocamos estos comentarios, lo más interesante de esta página es que figura en ella la representación de dos árboles; es posible que ambas imágenes de vegetales no pasen de ser bellos motivos decorativos; pero como la ilustración que figura en este tipo de libros no era algo improvisado y, sí, por el contrario, elementos bien pensados y planeados, creemos interesa buscar una posible identificación botánica.

Uno de los dos árboles, el de la derecha, en el cual incluso parece que el ángel se apoya, no hay duda que quiere representar una palmera; Camón Aznar admite que pudiera ser también el dibujo de un sauce (tal vez un «sauce llorón» por el arqueado de sus ramas); no obstante, las formas foliares y de las ramas, y la gran inflorescencia apanojada central, nos inducen a creer que se trata de una palmera, árbol del Bien que, como vimos antes, se le ha

dado el significado de «la vida de los justos». Si realmente el ángel se apoya en la palmera y ello no resulta una simple superposición de imágenes, cabría pensar que se quiso simbolizar que el mensaje que aquél transmite eran los fundamentos del Bien, aquellos que iluminan y rigen «la vida de los justos».

Más difícil de interpretar es la representación vegetal que Camón Aznar refiere como «un árbol lanceolado». Inicialmente pensamos que podría tratarse de un dibujo esquemático del árbol denominado manzanillo, el fatídico «árbol de la muerte», euforbiácea de látex y frutos venenosos entorno del cual se urdió la inverosímil leyenda de que incluso produce la muerte a los que permanecen un rato a su sombra; pero esta especie y otras (como los árboles del diablo, del paraíso, de la vida, de la sangre, etc.) que centran igualmente legendarias consideraciones relacionables, más o menos forzosamente, con la misión encomendada al apóstol Juan, o no encajan suficientemente sus características morfológicas con la representación aludida, o se trata de plantas americanas que no pudieron ser conocidas, y por lo tanto representadas, por la primorosa Ende y por el presbítero Emeterius que vivieron unos cinco siglos antes del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Es algo particular que este árbol se represente en forma de una sola hoja; tal detalle, y por aparecer el árbol en cuestión como respaldo o «dosel» de la figura de Juan, puede significar que este respaldo no es múltiple o polivalente como el número de hojas de un árbol, sino monovalente, como alusión al sentido unitario de nuestra Religión.

Cabe considerar, además, que, por el perigonio campanuliforme de las florecillas que aparecen sobre la fronda (dispuestas éstas en racimos unilaterales), y por la forma amplia y apuntada de las referidas hojas —si salvamos la disposición paralela de las nerviaciones foliares— la ilustración que se comenta puede considerarse inspirada en la especie «Convallaria majalis», el delicado «Lirio de los valles», esmilácea de exquisito perfume denominada también «Fleur du coeur», «Flor del amor» y «Lágrimas de Salomón». Las alusiones al «corazón» y al «amor» que dichos nombres suponen, podrían tener fácil relación con el aludido «dosel» foliar; no obstante, el antiguo nombre de esta planta —«Lágrimas de Salomón»— creemos que puede relacionarse verosímelmente con el simbolismo que pudo darse a tal representación botánica. En efecto, la «Convallaria» o «Mugueto», como acabamos de indicar, es una planta de flor de gran fragancia, de excepcional perfume; pues bien, recordamos que en el Libro de los Reyes (10.10) se dice «no se vieron nunca tantos aromas como los que la Reina de Saba dio a Salomón». Por otra parte, según una tradición judaica, al parecer trans-

(3) «Ubi Johannes loquit cum angelo».

(4) «Angelo effesi eccle. scribe».

mitida por San Jerónimo (5), cuando el sabio rey de Israel, al fin de su vida, hastiado de placeres, escribió el «Eclesiastes» y fue sospechando su pasado, comentó (3.4): «todo tiene su tiempo... hay... tiempo de llorar y tiempo de reír...»; y en otro punto del citado texto añade: «mejor la tristeza que la risa, porque la tristeza del rostro (las lágrimas) es buena para el corazón (7.8)».

Relacionando estos conceptos, fácil es conjeturar que el nombre de «Lágrimas de Salomón» que, de muy antiguo, se ha dado a esta especie botánica, proviene: de suponer que el rey de Israel, aunque tardíamente, se arrepintió de la vida licenciosa y de vanidades que llevó durante su existencia; de la comparación

(5) Ciertamente, ahora muy discutida, pero que pudo influir, en tiempos lejanos, en dar el nombre de «Lágrimas de Salomón» a la convallaria.

de las florecillas de «Convallaria» —por su forma y disposición en racimo— con las gotitas de humor que vierten los ojos y corren por las mejillas; y, también, de la relación del olor del «Mugeto» con los perfumes que aromatizaron el ambiente en que vivió Salomón con la reina de Saba.

En consecuencia: el árbol estilizado que aparece a la izquierda de la página 70 del «Beato» puede equivaler al «dosel» que respalda la Religión; y las florecillas del «Mugeto» —las «Lágrimas de Salomón»— simbolizarían las lágrimas de dolor que vierten los pecadores que, después de haber obrado mal, experimentan sincero arrepentimiento. Ambas ideas equivalen a las bases esenciales para que todo mortal pueda lograr la reconciliación con el Señor.

Y el conjunto de imágenes de la página que comentamos, puede significar, en resumen, que las revelaciones del Apocalipsis inducirán, a sus lectores, a situarse bajo el «dosel» de la Religión y a potenciar el arrepentimiento que propiciará la Gloria.